

mismo cometió la imprudencia de pronunciar su nombre al llegar al parador; ó por que hizo la sanchez de hacer uso de la carta de recomendación que le dieron para aquel pueblo. — Advertido en fin de un modo ó de otro llega pues el *Hospedador*, hombre de más de cuarenta años, padre de familia y persona bien acomodada en la provincia, preguntando al posadero por el señor D. F. que viene de tal parte y va á tal otra. El posadero pregunta al mayoral y éste da las señas que se le piden, y corre á avisar al viajero que un caballero amigo suyo desea verlo. Sale al corredor ó al patio, el cuitado viajero, despeluznado, sucio, hambriento, fatigado, con la barba enmarañada, si es jóven y la deja crecida, ó con ella blanquecina y de una línea de larga si es maduro y se la afeita; y con la melena aborascada, si es que la tiene, ó con la calva al aire, si es que se la oculta y esconde artísticamente, ó con la peluca torcida si acaso con ella abriga su completa desnudez, y lleno de polvo si es verano y de lodo si es invierno y siempre mustio, lagañoso é impresentable; y se halla al frente con el *Hospedador* vestido de toda etiqueta con el frac que le hicieron en Madrid diez años atrás, cuando fue á la jura, pero que se conserva con el mismo lustre con que lo sacó de tienda, y con un chaleco de pi-qué, que le hizo Chasseraue cuando vino el duque de Angulema, y con un cordón de abalorio al cuello y afiler de diamantes al pecho y guantes de nuditos, en fin lo más elegante y atildado que ha podido ponerse, formando un notable antitesis con el desaliñado y negligente traje del viajero.

No se conocen, pero se abrazan y en seguida el *Hospedador* agarra del brazo al viajero y le dice con imperioso tono: *venga V. Sr. D. Juliano, á honrarme y á tomar posesion de su casa*. El viajero le da gracias cortésmente y le manifiesta que está rendido, que está impresentable, que no se detiene la diligencia más que cuatro horas; pero el *Hospedador* no suelta presa, y despues de apurar todas las frases más obligatorias, y de prohibir al posadero que dé á su huésped el más mínimo auxilio, se lo lleva trompicando por las mal empedradas calles del lugar á su casa, donde ya reina la mayor agitación preparando el recibimiento del obsequiado.

Salen á recibirlo al portal la señora y las señoritas, con los vestidos de seda que se hicieron tres años atrás cuando fueron á la capital de provincia á ver la procesion del Corpus y la mamá con una linda cofia que de allí la trajo la última semana el cosario, y las niñas adornadas sus cabezas con las flores de mano que sirvieron en el ramillete de la última comida patriótica que dió la milicia del pueblo al señor jefe político. Y madre é hijas con su cadena de oro al cuello formando pabellones y arabescos en las gargantas, y turquesas pecheras, llevando además las manos empedradas de sortijas grueso calibre. Queda el pobre viajero corrido de verse tan desgalichado y sucio entre damas tan atildadas, por más que le retorza la risa en el cuerpo notando lo etéreo de su atavío; y haciendo cortesías y respondiendo con ellas á largos y pesados cumplimientos, lo conducen al estrado, y lo sientan en el sofá, cuando él desea hacerlo á la mesa. Al verse mi hombre en tal sitio vuelve á pensar en su desaliño y desaseo, y trasuda, y pide que le dejen un momento para lavarse, y... pero en vano; el obsequiador y su familia le dicen que está muy bien, que aquella es su casa, que los trate con franqueza, y otras frases de ene, que ni quitan el polvo, ni atusan el cabello, ni desahogan el cuerpo; pero que manifiestan que está mal, que aquella no es su casa, y que no hay ni asomo de franqueza.

Entran varios amigos y parientes del obsequiador, el señor cura y otros allegados; nuevos cumplimientos, nuevas ofertas, nuevas angustias para el viajero. Llena la sala de gente, el hospedador y su esposa desaparecen para activar las disposiciones del obsequio; y mientras retumba el abrir y cerrar de antiguas arca y alhacenas, de donde se está sacando la vajilla, la plata tomada y la mantelería amarillenta, resuenan los pasos de mozos y criadas que cruzan desvanes y galerías, y se oyen disputas y controversias, y el fragor de un plato que se estrella, y de un vaso que se rompe, y el cacareo de las gallinas á quienes se retuerce á deshora el pescuezo; y se percibe el chirreo del aceite frito, perfumándose la casa toda con su penetrante aroma. Una de las niñas de casa se pone á tocar un piano. Pero ¡qué piano, ánimas benditas!... ¡qué piano! La fortuna es que mientras concuerren sus cuerdas sin compás ni concierto una pieza de Rossini, que no la conociera la misma Colbran, que sin duda no se le debe despintar ninguna de las de su marido, el señor cura está discurrendo sobre la política del mes anterior con el pobre caminante, que daría por haber ya engullido un par de huevos frescos, y por estar roncoando sobre un colchon, toda la política del universo.

Concluye la sonata, y un mozalbete, que es siempre el chistoso del pueblo, toma la guitarra y canta

las caleseras, y luego hace la vieja con general aplauso, y luego para que se vea que también canta cosas serias y de más miga, entona tras de un grave y mesurado arpegio, la *Atala*, el Lindoro y otra pieza de su composicion. Y gracias á que saltaron la prima y la tercera, y á que no hay ni en la casa, ni en la del juez, ni en la del barbero, ni en la botica, ni en todo el pueblo cuerdas de guitarra aunque se le han encargado ya al arriero; que cesa la música súbitamente con gran sentimiento de todos, y pidiendo repetidos perdones al viajero, que está en sus glorias, creyendo que este incidente dará fin al sarao, y apresurará la llegada de la cena. Pero está en el salon el hijo del maestro de escuela, que acaba de llegar de Madrid y que representa maravillosamente imitando á Latorre, á Romea y á Guzman, y todos á una voz le piden un pasillo. El se excusa con que está ronco, con que se le han olvidado las relaciones, porque hace días que no representa sus comedias, y con que no está allí su hermana que es la que sale con él para figurar. Pero insisten los circustantes. Y ya el cómico títubea anheloso de gloria. Y al verle poner una silla en medio del estrado, para que le sirva de dama, una de las señoritas de la casa, por mera complacencia, se presta á hacer el papel de la silla, y se pone de pié entre el general palmoteo. ¡Silencio! ¡silencio! gritan todos; y los criados y criadas de la casa, y hasta los gahanes y mozos de la labor se agolpan solícitos á la puerta de la sala; las personas machuchas que rodean al obsequiado le dicen, sotto voce, ¡verá Vd. qué mozo! ¡verá Vd. qué portento!!! Y el hijo del maestro de escuela con tono nasal y recalado sale con una relacion del *Zapatero y el Rey*, estropeando versos y desfigurando palabras, y con tal manoteo y tan descompasados gritos que el auditorio, *nemine discrepante*, le proclama el Roscio, el Talma, el Maicque de la provincia. Piden en altas voces otro paso, y el actor se desuelga con un trocito del *Guzman*, que tiene igual éxito. Y porque está ya ronco y sudando como un pollo, se contentan los concurrentes con que les dé por fin algo de la *Marcela*. Concluida la representacion cree el obsequiado que cesará el obsequio, y en verdad que fuera razon. Pero como aun no está listala cena, el obsequiador y su esposa, que ya han concluido de tomar disposiciones, y que ya han dejado sus últimas órdenes á la cocinera y al ama de llaves, vuelven al salon. Y empiezan á entrar en laberinto de palabras al huésped, contándole lo bueno que estaba el pueblo el año pasado, y lo mucho que se hubiera divertido entónces, porque habia un regimiento de guarnicion, con una oficialidad brillante. El soñoliento, hambriento y fatigado viajero, bosteza y responde con monosílabos, y pregunta de cuando en cuando... ¡cenaremos pronto! y el patron le dice, al instante, y sigue contándole cómo se hicieron las últimas elecciones, los proyectos que tiene el actual alcalde de hermosear la villa, y otras cosas del mismo interés para el viajero; cuando ve entrar al sobrino del señor cura, y en él un ángel que le ayude á divertirse al obsequio mientras llega la cena, que se ha atrasado porque el gato ha hecho no sé qué fechoría allí en la cocina. Efectivamente, el sobrino del señor cura es poeta, improvisa, y en dándole pié se está diciendo décimas toda una noche. Entra en corro, las señoritas de la casa hacen el oficio de la fama patentizando al huésped su clase de habilidad. Todos le rodean, le empiezan á dar pié, y él arroja versos como llovidos. Ya no puede más el cuitado viajero, ¡qué desfallecimiento! ¡qué fatigas! ¡qué vahidos!... Cuando afortunadamente vuelve á la sala la señora, que salió un momento antes á dar la última mano al obsequio, y dice: *vamos á cenar, si Vd. gusta, caballero*. ¡Santa palabra! grita la concurrencia, y todos se dirigen al comedor.

¡Espléndida, magnífica cena! veinte personas van á devorarla y hay racion para ciento. ¡Qué botellas tan cuacas! de vidrio cuajado con guirnalda de florecitas y letreos dorados que dicen *viva mi dueño, viva la amistad*. Una gran fuente redonda ostenta entre cabezas de ajos y abultadas cebollas veinte perdices despatarradas y allabiertas, cául boca abajo, cuál panza arriba, cuál acostadita de lado, dando envidia al aburrido viajero. En otra gran fuente ovalada campean seis conejos descuartizados prolijamente; allí perfuman el ambiente con su vaho, veinticuatro chorizos fritos, acullá exhalan el aroma del clavo y de la canela ochenta albondiguillas como bolas de billar. ¡Qué de menestras! ¡Qué de ensaladas! Servicio estupendo, aunque muchas cosas están ahumadas, otras achicharradas, casi todo crudo por la prisa, y todo frio por el tiempo que se ha tardado en colocarlo en simetría grotesca.

Nauseas le dan al pobre viajero de ver ante sí tanta abundancia, y más cuando todos le hostigan á que coma *sin cortadad porque no hay más*, y cuando la señora y las niñas de casa le dan cada una con la punta del tenedor su correspondiente

finecita. Y cuando el Hospedador le insta á repetir y comer con toda confianza, y se aflige de lo poco que se sirve, olvidando que

Comer hasta matar el hambre es bueno
Y hasta matar al comedor es malo.

Mas, ¡quién encaja este axioma en la mollera de un *Hospedador de provincia* por más que lo recomiende Quevedo!....

Los platos se suceden unos á otros como las olas de mar embravecido, al de las perdices arrebatado por una robusta aldeana alta de pechos y ademan brioso, le sustituye otro con pavo á medio asar. Al de los conejos, levantado por los trémulos brazos arremangados de una viejezuela, otro con un jamon más salado que una sevillana. Y ocupa el puesto de los chorizos, la fruta de sarten, y el de las menestras, mostillo, arroppe, tortas, pasas, almendruccos, orejones, y fruta, y calabazate, y leche cuajada y natillas, y... ¡qué se yo? aquello es una inundacion de golosinas, un aluvion de manjares, que parece va á añadir una capa más á nuestro globo. Y ya circula un frasco cuadrado y capaz de media azumbre de mano en mano derramando vigorosísimo anisete. Y el cantor de la tertulia entona patrióticas, y el poeta improvisa cada bomba que canta el misterio, y el declamador declama trozos de Pelayo, y la señora de la casa se asusta porque su amigo el Hospedador trinea demasiado y luego padece de irritaciones, y las señoritas fingun alarmer porque hay un chistoso que dice cada desvergüenza como el puño, y todo es gresca, broma, cordialidad y obsequio; cuando por la misericordia de Dios, la voz ronca del mayoral, gritando en el patio *al coche, al coche, hemos perdido más de una hora, no puedo esperar más*, viene á sacar al viajero de aquel pandemion, donde á fuerza de obsequio lo tienen padeciendo penas tales, que en su cotejo parecerian dulces las de los precitos.

El amo de la casa aun defende su presa en los últimos atrinchamientos, empieza por decirle con voz de cocodrilo que deje ir el coche, que en la gondola verdadera proseguirá su viaje. Pero como halla una vigorosa repulsa, tiente al mayoral de todos los modos imaginables con halagos, con vino, con aguardiente, con dinero en fin, y nada, el mayoral se mantiene firme contra tantas seducciones; y salva á su viajero, y lo saca de las manos del Hospedador como el ángel de la Guarda salva y saca de las manos del encarnizado Luzbel á un alma contrita.

Cuanto dejamos dicho que acaece con el viajero de diligencia ocurre con el de galera ó caballería, sin más diferencia que dilatarse algo más el obsequio con una cama que compete con el cielo, y cuya colcha de damasco, que ruge y se escapa por todos lados como si estuviera viva, no deja dormir en toda la noche al paciente obsequiado.

Tambien tiene el obsequio de los *Hospedadores de provincia* sus jerarquias, y si es intolerable y una desgracia para un particular; es para un magistrado, intendente ó jefe político, una verdadera desdicha: para un capitán general, diputado influyente, ó senador parlante una calamidad; y para un ministro electo, que vuela á sentarse en la poltrona, un martirio espantoso, un azote del cielo, una terrible muestra de las iras del Señor, un ensayo pasajero de las penas eternas del infierno.

Aconsejamos pues al viajero de bien, esto es, al que sólo anhela llegar al término de su viaje con la menor incomodidad posible que evite las asechanzas de los *Hospedadores*, de sus espías y de sus auxiliares; y para lograrlo no fuera malo se proveyese de parches con que taparse un ojo, de narices de carton con que desfigurarse, ó de alguna peluca de distinto color del de su cabello que variase su fisonomía, ya que no está en uso caminar con antifaz ó antiparra, como en otro tiempo; y con tales apósitos debería disfrazarse y encubrirse á la entrada de los pueblos donde tuviese algun conocido usando de estas prudentes precauciones, amén de las ya sabidas y usadas por los prudentes viandantes, de no decir su nombre en los mesones y posadas, y de no hacer uso, sino en casos fortuitos, de las cartas de recomendacion.

Pero si los *Hospedadores de provincia* son vitandos para los viajeros de bien, pueden ser una cuacafia, una abundante cosecha para los aventureros y caballeros de industria, que viajan castigando parientes y conocidos como medio de comer á costa ajena, de remediarse unos días, y de curarse de la terrible enfermedad conocida con la temible calificación de hambre crónica.

A unos y á otros creemos haber hecho un importante servicio llamándoles la atencion sobre esta planta indigena de nuestro suelo: á aquellos para que procuren evitar su contacto, á éstos para que lo soliciten á toda costa.

Madrid, 1839.

EL VENTERO

VENTA. — La casa establecida en los caminos y despoblados, para hospedaje de los pasajeros. — El sitio desamparado y expuesto á las injurias del tiempo como lo suelen estar las ventas.

VENTERO. — El que tiene á su cuidado y cargo la venta, y el hospedaje de los pasajeros. — (Diccionario de la Academia.)

tiene, un corralillo, una mala cuadra y un pajar. Y hasta los nombres apelativos con que suele designárselos indican á veces todo lo que son; como por ejemplo la *venta del Puñal*, la *del Judío*, la *del Moro*, la *de la Mala Mujer*, *id. de los Ladrones* y otros tales de que no me acuerdo, ni importa para nuestro propósito.

Pasemos pues al Ventero y cumplamos con el título de este artículo.

El Ventero, aunque habitador del campo, no ha pasado generalmente sus primeros años en él, ni ha sido gahán, ó hortelano, ni ayudado de un modo ó de otro al cultivo de la tierra. Por lo regular fué en su juventud soldado ó contrabandista, esto es, hombre de armas, y si no nació con temperamento belicoso y bajo la influencia del planeta Marte, fué sin duda en sus años mozo, calesero, arriero, ó corredor del mar, y topó con otro en los montes de Leon, que habia sido ermitaño. Pero estas son excepciones. Y al cabo sea cual sea la profesion del Ventero, en llegando á Ventero ya toma una fisonomía particular.

Mas de cuarenta años de edad. Traje segun el del pais en que está la venta, pero un poco exagerado, y siempre con algun folló ó ribete del de otra provincia. Aspecto grave, pocas palabras, ojos observadores, aire desconfiado, ó de superioridad, segun son los huéspedes que llegan á su casa: son condiciones que debería tener presentes un pintor que quisiese hacer el retrato de un Ventero.

Su vida que parece debía ser monótona y sedentaria es, por lo contrario, variada y activa: en los ratos de ocio se ocupa en aguar el vino, en poner algunos granos de pimienta en los frascos del fementido aguardiente, en picar carne de alguna muerta caballería, ó en adobar una albarda. Cuando tiene huéspedes no sosiega: del fogón á la cuadra, de esta al pajar, de allí al mostrador, luego al corralillo por leña, luego á la despensa por aceite, anda hecho un azacan. Si tiene huéspedes parece que de noche no duerme, los vigila; si está solo tiene el oido alerta al menor ruido, muchos días pasa en el monte, otros en la ciudad vecina. Conoce á todos los arrieros que transitan aquella tierra y sabe sus gustos y condiciones, y á do van y de do vienen, y bebe con ellos y come tambien con ellos, y á unos les habla mucho y á otros poco, pero á todos les pregunta algo al oido, conoce tambien á los labradores y propietarios de la redonda; y como si fueran suyas, todas las reses que pastan en aquellos contornos y todas las caballerías de la provincia.

Si á media noche se oye un tiro, sabe si es de uno que está á espera de conejos ó de jabalies, ó si es de otra cosa. Si oye el estallar de una honda á deshora, dice el nombre del vaquero que la estalla, y el de la res á quien se dirige la piedra. Adviene por el tin tin de las esquilas, ó por el tomb tomb de las zumbas, de quienes son las reatas que pasan por otra encrucijada vecina; pero á quien conoce por instinto particular propio del oficio de Ventero, es á los contrabandistas y los individuos del resguardo. A veces entra en la venta á hora inusitada con las manos ensangrentadas, porque viene de una alquería inmediata de ayudar á abrir un cerdo ó degollar una ternera; y si estando sentido al fuego oye un silbido, ó oia tarancas secas para que se levante llamarada y salgan chispas por la chimenea, ó abre un ventanuco por donde se vea la lumbré ó la luz del candil, ó sale con su escopeta á rondar la venta, ó se queda serio y alerta ó atraña la puerta súbitamente, ó va á avisar á la cuadra ó al pajar á algun arriero, ó acaso á algun huésped que se esconde en el desvan, y que no gusta de gente y de conversacion.

En una de tantas triflucas en que los hombres

de bien han tenido en esta última época que tomar las de villadiego para no ser víctima de la turba desharrapada, que en nombre de la patria y de la libertad, y capitaneada ó instigada por unos cuantos vocedores, instrumento de tres ó cuatro solapados é hipocritas ambiciosos, esgrima fanática el puñal contra el verdadero patriotismo y acrisolada virtud; un amigo mio tuvo que escapar disfrazado á media noche de una de las primeras capitales de España, para dirigirse á una frontera, poniendo su suerte en manos y bajo la direccion de un contrabandista.

Este tal iba pues por sendas y vericuetos con su diestro conductor para evitar un mal encuentro, y al terminar una encapotada tarde de otoño y despues de atravesar espesos matorrales y quebradas lomas, llegó á una venta, que en medio de un despoblado y en la encrucijada de dos malos caminos, dos de ruedas y otro de herradura, sobre una hondonada habia. Soplaban recio el viento agitando la maleza y las copas de algunas encinas que de trecho en trecho se erguan en el raso que la venta ocupaba, el cielo parecia de plomo atravesado de siniestras ráfagas de color de leche, últimos esfuerzos de un sol moribundo; por una cañada ó rambla se descubria á un lado y á lo lejos en el remoto horizonte, una gran poblacion cuyas gigantes torres se dibujaban distintamente sobre una lista roja que marcaba el ocaso. La hora, el sitio, y lo destemplado de la atmósfera, y el aspecto de la venta hicieron una impresion indefinible en el ánimo ya harto combatido del viajero, que involuntariamente tiró de las riendas al caballo y lo paró. ¡Vamos á pasar ahí la noche! preguntó con un acento particular al contrabandista. Y este le contestó, advirtiéndole el tono de la pregunta: Difícil sería pasarla en mejor paraje, ¡quién ha de dar con nosotros! Y el viajero sin replicarle clavó los ojos en la gran poblacion que ya se descubria apenas en el borrado horizonte, lanzó un suspiro, y avanzó hacia la venta. Un enorme perro mastin salióle al encuentro ladrando y meneando la cola, y una vieja de fisonomía estúpida y de traje sucio y miserable, y un hombre de cincuenta años, alto, recio, con una cara cetrina á cuya tez oscura y áspera daban realce dos enormes patillas grises, y un pañuelo de colores brillantes rebujado á la cabeza, asomaron á la puerta de la venta. Llegó á ella nuestro prófugo al tiempo en que empezaban á caer gruesas gotas, cerrando casi la noche. Y aquellas dos figuras de mal aguiro, que se dibujaban y sobresalian por oscuro sobre el fondo rojizo del interior de la venta, iluminada con la llama del hogar, y que aun de frente recibian la última incierta claridad del crepúsculo, le inspiraron profundo terror. Pero viendo que el contrabandista se habia quedado un tanto atrás como oteando desde una alturilla toda la comarca, preguntó resuelto: ¡Hay posada! — Miráronse el Ventero y la Ventera, que eran los personajes que estaban á la puerta, y aquel con tono desabrido contestó: Lo que es esta noche no la hay... porque... y continuó la viejezuela: Porque es imposible... no hay nada en la venta... y... En esto llegó el contrabandista, dijo dos ó tres palabras que no entendió su compañero de viaje, porque no eran castellanas. Y como por encanto hubo al instante posada, y el Ventero vino á tener el estribo al encubierta huésped, y la Ventera ayudó al contrabandista á descolgar las escopetas, y á recoger manta y alforjas, y tomando un candil llevó á los huéspedes á la caballería donde ambos acomodaron sus cabalgaduras, para las que trajo inmediatamente recado el Ventero.

Volieron al zaguán-cocina, que estaba lleno de humo, los cuatro actores de esta escena. La Ventera echó retamas secas en el hogar, cuya llamarada lo iluminó todo, y se vieron al otro extremo del zaguán-cocina reunidas en un rincón seis ó ocho escopetas, lo que llamó la atencion del contrabandista. Mi amigo se sentó en un poyo junto á la lumbré, y el Ventero salió á la puerta y llamó al perro que aun ladraba fuera.

La noche empezó oscurísima, la lluvia arreciaba, el viento aumentaba su fuerza, y el humo de la cocina era intolerable. El contrabandista preguntó á la vieja: ¿Qué se podrá aviar para la cena? Nada hay en la casa, respondió aquella, sino vino y aguardiente, pan y pimientos. — ¿No hay huevo? — Tampoco. — ¿Bacalao, arroz?... — No hay nada. — Medrados estamos, dijo el encubierto, y tengo un hambre como nunca...

Volvió en esto el Ventero con el perro, dejando atrancada la puerta. Y le dijo el contrabandista, dando otra ojeada á las escopetas, y mirándolo con aire socarrón: ¿Y la chica?... que salga, no la escondas, que es lo único bueno que hay en tu casa. Y saltó la Ventera y dijo: No está aquí: se fué esta mañana con la burra á la villa, vino por ella el Rojo... Y continuó el Ventero: El criado del señor administrador. — ¿Y el Chupen? preguntó el contrabandista. — Se fué esta tarde al huerto, y allí dormirá. — Con que estáis solos. — Solos estamos, dijeron á un tiempo el Ventero y la Ventera, pero el contrabandista volvió los ojos con una expresión tan ladina hacia el monton de escopetas, que la vieja se fué al corral por leña, y el Ventero después de un momento de turbación muy marcada le dió una palmada en el hombro al contrabandista y le dijo: ¿Qué pollo!... y tomando un frasco cuadrado de un vasal, y un vasillo de vidrio, llenó este de aguardiente y se le presentó á su interlocutor diciéndole: «Vaya por la gente dura.»

Ajeno de cuanto pasaba en derredor de sí estaba mi amigo, cansado, hambriento, y embobado en dolorosos recuerdos, y en poco lisonjeras esperanzas, humeaba maquinalmente un cigarro y halagaba el carnudo cuello del enorme mastin con quien estaba en perfecta amistad y armonía.

Bebió el contrabandista, bebió el Ventero, y empezó entre ambos un diálogo muy animado, en una especie de jerga ó algarabía, en que los nombres y los verbos eran de otro idioma muy extraño, pero los artículos, conjunciones y partículas, enteramente de nuestra lengua. Nada entendió el viajero encubierto, ni se curó de ello. Y concluida la conversación de los otros, que no fué larga, el contrabandista dió la mano muy apretada al Ventero, y volviéndose á mi amigo, con gran impaciencia le dijo: — Vamos, vamos á cenar cualquier cosa, y á dormir, que mañana tenemos una jornada mayor que la de hoy, que no ha sido floja: ya he dispuesto que en un cuartito de arriba se le ponga á V. una cama, que con el colchon del tío Trabuco, que es nuestro hostalero, y con las jalmas de mi jaca, y con la manta y ese capote podría servir para un intendente... pero pronto, pronto. Y viendo entrar á la Ventera con un haz de leña. — Vamos, tía Veneno, ponga V. la sarten y fría unos ajos, que yo le daré pan y chorizos para que nos haga unas sopas... ¿no es verdad, nostramo? — Sí, me conformo con cualquier cosa, dispóngalo V. á su gusto. — ¡Vivan los hombres duros! cuidado, que no lo es poco su merced, dijo el contrabandista, y comenzó á sacar de sus alforjas el repuesto.

La tía Veneno puso una sarten enorme al fuego, mi amigo le preguntó: ¿Para qué tan grande? y respondió la bruja: Mientras más gracia de Dios, mejor. El contrabandista la miró con malignidad, dijo otra palabra en su jerga al Ventero que estaba desmenuzando el pan y cortando los chorizos con una navaja de á vara, y tomando sus escopetas, les quitó el cebo, acomodó la piedra, las volvió á cebar, y las puso á su lado en un rincón, diciéndole al Ventero con una sonrisa de inteligencia: Ya estamos listos.

En un santiamén se hizo la cena, y en un santiamén se engulló por mi amigo, su conductor, el tío Trabuco y la tía Veneno, echando sin embargo sopas para una comunidad. El vino de la venta que era una verdadera supia, y el aguardiente de pita de la misma, que era una verdadera ponzoña, se expendieron en abundancia; y sin dejar á mi amigo más tiempo que el de encender su cigarro, y el de tirar un zoquete al mastin, con quien había simpaticado, le dijeron los otros tres en coro: Ea, á dormir, á descansar, y Dios dé á su merced buena no-

che. Y mientras la Veneno subía á rastra al sobrado un colchon miserable, y el contrabandista la alumbraba con el candil llevándose también las jalmas y mantas de su caballería, el Ventero picando un cigarro, y balbuciendo un poco porque el aguardiente le trababa la lengua, y queriendo dar á su fisonomía de suela una expresión de bondad y de sencillez, que la daban un aire muy grotesco, dijo á mi amigo: Aquí su merced con toa confianza. No estará como merece, pero yo y mi pobreza estamos pa lo que guste mandá: á dormir, á dormir, no tenga su merced cuidado. En esto volvió el contrabandista, diciendo: Al avío, al avío: tiene su merced una cama como la de un obispo; á dormir, á dormir!

Subió mi amigo una escalerilla como el cañon de una chimenea, y entró en un estrecho camaranchon tan rodeado de grietas y mechinales, que corría en él el mismo viento que en mitad del campo, siendo tantas las goteras que de la mal segura techumbre caían, que se hubiera debido entrar allí con paraguas: sin ventanas, sin puertas ni vidrieras daba franco paso á una corriente de aire con que hubiera podido moler un molino de viento. Notado lo cual por el contrabandista, tapó, ayudado del tío Trabuco, aquel importuno respiradero con una antigua y jubilada albarda que en el desvan yacía.

Acurrucóse mi amigo lo mejor que pudo en aquel fementido y apocado lecho, y dándole las buenas noches con encargo de que se durmiese pronto, el Ventero, la bruja y el sagaz conductor se retiraron con el candil, cerrando por fuera con cerrojo la puerta, esto es, dejando encerrado al huésped. Notólo éste, y aun quiso oponerse con buenas razones, que cortó el contrabandista diciéndole: que por dentro no había pestillo, y quasi se dejaba la puerta sin sujecion, estaría golpeando toda la noche. Además, que él vendría á despertarlo á la hora de la partida. Con lo que quedó mi amigo convencido. Por los resquicios entró la luz del candil dibujando en las toscas paredes rayas irregulares que fueron disipándose hácia el techo, sonaron las pisadas por los escalones abajo, y todo quedó á oscuras y en silencio.

El viajero disfrazado llevaba ya seis días de penosa marcha y había andado aquel día catorce leguas en un caballo troton, por recuestos y vericuetos; circunstancias que bastan para que se crea que pronto quedó dormido. Y aunque en el breve tránsito de la vigilia al sueño y estando ya como se dice vulgarmente traspuerto, oyó abrir una puerta y luego otra que le pareció la del campo y ruido de gente y de herraduras y de relinchos, sin dársele de ello un ardite se abandonó en los brazos de Morfeo.

Cuatro horas largas de sueño llevaría, cuando los tenaces ladridos del perro le despertaron. Como estaba vestido se incorporó pronto en el lecho; y como notara que el reparo puesto al ventaneo había venido al suelo, cosa que advirtió porque la luna había salido, y aunque velada de opacas nubes difundía alguna claridad, se levantó resuelto á volver á tapar aquel boquete. Al acercarse á él, creyó ver á lo lejos cuatro ó seis fogonazos, de que oyó inmediatamente las detonaciones, fijó los ojos á aquel lado, peronada vió, ni oyó más que el confuso rumor del galope de algunos caballos. Hubiera permanecido curioso en su atalaya, si el frío, y el no haber vuelto á oír rumor alguno no le obligaran á volver á tapar el ventanillo, y á regresar tiritando á su lecho, no sin formar mil conjeturas, precisamente las propias de su extraña posición.

No volvió en todo el resto de la noche á hacer sueño de provecho, aunque después de cavilar un rato recobró el cansancio su imperio y lo dejó traspuerto, en cuyo estado, y sin saber si era ensueño ó realidad, oyó nuevo tropel de caballos, voces roncadas y confusas, ladridos, quejidos y carcajadas y como los golpes de un azadon que abrían algún hoyo en el corral, pero todo tan vago, tan inconexo, tan confuso, que en el casi sueño en que se mantuvo hasta el amanecer no le dejó formar ninguna idea distinta y clara.

Ya empezaba el crepúsculo de la mañana, cuando el contrabandista entró á despertarle, y á decirle

que era la hora de ponerse en marcha, preguntándole qué tal había pasado la noche. Muy mal, contestóle mi amigo; amén de las pulgas que me han devorado, y de las ratas que se han paseado á su sabor sobre mí, y del viento y de las goteras, el ruido ha sido infernal.... ¿Qué diablos ha habido esta noche en esta venta?... ¿han llegado más pasajeros? ¿se ha dado en ella una batalla? ¿qué demonios ha ocurrido? Replicó el contrabandista: ¿Pues qué ha oído V?... Y repuso el otro: No es cosa de cuidado, tiros, carreras, ladridos, voces, lamentos.... ¿qué sé yo? A lo que el contrabandista con afectada serenidad dijo: Vaya, V. bebió anoche un traguito más; nada ha habido, ni nadie ha entrado en la venta; sin duda V. ha soñado esas cosas. — ¿Cómo sueño? saltó el viajero, no señor; estaba muy despierto cuando empezó la algarabía, he visto y oído los tiros, he conocido la voz del Ventero.... y aun la de V.... — Pues si es así (le interrumpió el contrabandista) crea, porque le conviene, que ha soñado.... Y no se dé por entendido, y diga aquí abajo y en todo el mundo que se ha pasado la noche de un tiron, durmiendo á pierna tendida como un bienaventurado. — Pero hombre, es terrible.... dijo mi amigo. Y atajóle su conducta más bajo: Os importa la vida.... no conoceis lo que son ventas y venteros.... Y continuó en voz alta: Vamos, vamos, basta de sueño: caramba y qué pesadez!.... al avío, al avío, que ya es tarde.

Bajaron ambos del camaranchon y se dirigieron á la caballería, donde tenían ya sus cabalgaduras listas. Pero notó mi amigo que había otros dos caballos atados á la pesebrera, fatigados, mustios y enlodados. Sacaron los suyos al zaguan-cocina nuestros viajeros; y el disfrazado advirtió temblando que en el suelo había sangre reciente, que en vano se había querido hacer desaparecer á fuerza de agua. El monton de escopetas no estaba en el rincón; la bruja encendía el hogar; el tío Trabuco andaba como desatentado. Pagóle el contrabandista, cambiaron varias palabras fuertemente acentuadas en aquella jerga con que se comunicaban. Cabalgaron al fin los huéspedes, y alalargar el Ventero un vaso de aguardiente á mi amigo, advirtió éste en la velluda y tosca mano manchas de sangre, y manchas de sangre en la camisa....

Partieron de la venta los viajeros al momento en que el sol asomaba por el Oriente, anduvieron como media legua sin decirse una sola palabra. Cuando al atravesar una estrechura se encontraron con un reguero de sangre que iba á perderse en un espeso matollar. Llamóle la atención á mi amigo, y quiso seguir el rastro; pero su compañero le detuvo apresurado. — ¡Señor! ¿qué ha sido esto? ¡Yo me horrorizo! exclamó aquel; y este le dijo: ¡Cachaza! ¡cachaza! estas son cosas de mundo, y no me pregunte su merced nada porque mi oficio es callar.... Pero hombre, callar una cosa así! dijo mi amigo. — Sí, señor, contestóle el conductor: del mismo modo que no diré, aunque me hagan pedazos, ni el nombre de V. ni las desgracias que le obligan á andar por estos vericuetos, porque se ha fiado V. de mí, y esto basta, tampoco diré á nadie aunque me hagan pedazos lo que ha pasado esta noche en la venta, porque se ha fiado de mí el Ventero y esto basta; por lo tanto no me pregunte más su merced, que será en balde.

Tres días más duró el viaje, al cabo de ellos llegaron á la frontera, en ella se despidió el prófugo, ya en salvo, de su fiel conductor, y al ir á gratificarle con unas monedas de oro, las rechazó el contrabandista y le dijo: No quiero más recompensa de lo que he hecho por su merced sino que me jure y me dé su palabra de caballero de que jamás nombrará la venta de marras, ni contará lo que en ella soñó. Prometióselo mi amigo, se separaron, y volviendo ambos la cabeza al perderse de vista para despedirse, el contrabandista con una expresión singular, puso el índice de la mano derecha en los labios, y gritó á su compañero de viaje: *apanda la muu.*

Madrid, 1839.

DISCURSO

LEIDO EN LA JUNTA PÚBLICA QUE CELEBRÓ LA REAL SOCIEDAD PATRIÓTICA

DE CÓRDOBA EL DIA 30 DE MAYO DE 1819

SEÑORES:

Si la ocupacion más digna del hombre es la de procurar el bien de sus semejantes, promoviendo la pública felicidad; y si la virtud más ilustre del carazon humano es la caridad, cuyo influjo benigno y consolador enjuga las lágrimas de la infelicidad desvalida; ¡cuánto debe, amigos y compañeros, engrimos y entusiasmamos el noble objeto que nos reúne en este lugar, en corporacion numerosa y respetable, y protegida por las paternales miras de un gobierno ilustrado! Promover el bien público de la provincia de Córdoba es nuestro encargo: encargo grande y sublime, pero que no debe arredrar á los que lo hemos tomado voluntariamente, sin más estímulo que el amor á la patria y á los hombres; y encargo, que si no podemos llenar del todo, por la misma magnitud de él, no debemos abandonar jamás, oponiendo incesantemente el celo al egoismo, la constancia al desaliento, la ilustracion al error, y alzando la voz majestuosamente para publicar la verdad, sobre los tumultuosos gritos de la ignorancia y de la supersticion. Si, amigos y conciudadanos: de este modo llegaremos al fin á conseguir el alto objeto á que dedicamos nuestras tareas; pues felizmente vivimos en el siglo en que la filantropía y la ilustracion derraman su resplandeciente brillo por toda la Europa, en la nacion á cuya cabeza vemos á Fernando el Deseadido, y en la provincia que se mira sábiamente regida por magistrados celosos y justos, que sólo anhelan la pública prosperidad.

Ala compasion, á aquel dulce y tierno afecto propio de las almas dotadas de sensibilidad y de virtud, debió su primer origen esta utilísima corporacion, ántes que las sábias disposiciones del gobierno determinasen su establecimiento prefijándole constituciones convenientes, y dispensándole generoso patrocinio. La compasion que experimentaron en sus corazones algunos varones virtuosos al ver que la indigencia, con su mano de hierro, oprimía á varios inocentes párvulos de ambos sexos, que mendigaban por calles y plazas su subsistencia; les inspiró la hermosa idea de reunirse para remediar aquel daño, y formaron la sociedad patriótica de Córdoba, que en seguida fundó este colegio, que tenemos á nuestro cuidado, y llamó la atención del Monarca sobre los males que abrumaban á esta provincia, la más feraz de sus vastos dominios. ¡Ah!... ¿Quién puede recordar tan tierno y virtuoso origen, sin lágrimas de gratitud?... ¿Quién podrá contemplar al pueblo que inspira la virtud y la generosidad? Sus nombres, sus gratos nombres pasarán de generacion en generacion, no grabados en láminas de bronce, ni esculpidos en mármoles soberbios, que el tiempo hunde, que no resisten al cetro destructor de los siglos, y que en oprobio de la especie humana no han servido generalmente hasta ahora más que para eternizar tiranías y latrocinios; sino en los corazones buenos y sensibles, mientras haya hombres que amen á su patria y á sus semejantes. ¡Y los que tenemos la dicha de haberlos sucedido, perteneciendo á esta ilustre corporacion, que tan heroicamente fundaron, deberemos descuidar sus santas intenciones, deberemos abandonar la empresa que se propusieron? No, amigos y compatriotas: trabajemos asiduamente por completarlas, luchemos con todo esfuerzo hasta conseguirlas.

La educacion pública fué su primer cuidado (y quiero llamar particularmente vuestra atencion sobre este punto). No estuvo á su alcance el generalizarla, pero la promovieron en cuanto permitian sus conocimientos y sus facultades, y nosotros, siguiendo el rumbo que tan sábiamente emprendieron, debemos consagrar nuestros desvelos á extenderla por la provincia cuyo bien ahelamos, persuadiéndonos á que ha de ser la basa fundamental de nuestras tareas.

«Sin educacion pública no hay patria», dice el filósofo de Ginebra, y este es un axioma político que no necesita demostracion. Ella forma, suaviza y modera las costumbres, y sin costumbres no hay

prosperidad. Hace á los hombres amantes del trabajo y de la industria, y sin trabajo y sin industria no hay riquezas ni poblacion. Las primeras ideas que se inspiran á la juventud son las que rigen sus acciones toda la vida, y de ellas dependen sus inclinaciones buenas ó malas, el respeto á la religion de sus padres, la obediencia á las leyes de su país, y el amor á su patria, que es el perenne manantial de heroismo, de gloria y de virtudes, manantial que sólo puede abrir la educacion pública. Ella sola formó los trescientos jóvenes espartanos, que capitaneados por Leonidas corrieron con frente serena al desfiladero de las Termópilas á contener el torrente impetuoso del formidable ejército de Jerjes. Ella elevó la filosofía y las artes en la gloriosa Aténas al alto grado de perfeccion á que no llegaron jamás. Ella salvó á Roma de la venganza de los sabinos, de las asechanzas de los etruscos, del furor del orgulloso Breno, de la emulacion y colosal poder de la opulenta y belicosa Cartago, y extendió las fases consulares y las glorias del Capitolio por todo el orbe entónces descubierta. Si, sólo á la educacion pública debieron aquellas famosas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descendieron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican la misma ilustrada Grecia, la misma triunfadora Italia, una gimiendo bajo el poderoso y horrible yugo de los bárbaros musulmanes, y otra hollada y destrozada ferozmente por las innumerables huestes de los godos rudos y belicosos. Pero ¿qué busco en tan remotos siglos las pruebas de mi asercion, si en nuestros días y á nuestros propios ojos las encontramos? A la educacion pública debe Holanda el haberse afianzado entre sus pantanos y marismas una fuente de riquezas inagotable, la Moscovia haber salido de las tinieblas en que yacía, para deslumbrar al orbe con su esplendor; les inspiró la hermosa idea de reunirse para remediar aquel daño, y formaron la sociedad patriótica de Córdoba, que en seguida fundó este colegio, que tenemos á nuestro cuidado, y llamó la atención del Monarca sobre los males que abrumaban á esta provincia, la más feraz de sus vastos dominios. ¡Ah!... ¿Quién puede recordar tan tierno y virtuoso origen, sin lágrimas de gratitud?... ¿Quién podrá contemplar al pueblo que inspira la virtud y la generosidad? Sus nombres, sus gratos nombres pasarán de generacion en generacion, no grabados en láminas de bronce, ni esculpidos en mármoles soberbios, que el tiempo hunde, que no resisten al cetro destructor de los siglos, y que en oprobio de la especie humana no han servido generalmente hasta ahora más que para eternizar tiranías y latrocinios; sino en los corazones buenos y sensibles, mientras haya hombres que amen á su patria y á sus semejantes. ¡Y los que tenemos la dicha de haberlos sucedido, perteneciendo á esta ilustre corporacion, que tan heroicamente fundaron, deberemos descuidar sus santas intenciones, deberemos abandonar la empresa que se propusieron? No, amigos y compatriotas: trabajemos asiduamente por completarlas, luchemos con todo esfuerzo hasta conseguirlas.

La educacion pública fué su primer cuidado (y quiero llamar particularmente vuestra atencion sobre este punto). No estuvo á su alcance el generalizarla, pero la promovieron en cuanto permitian sus conocimientos y sus facultades, y nosotros, siguiendo el rumbo que tan sábiamente emprendieron, debemos consagrar nuestros desvelos á extenderla por la provincia cuyo bien ahelamos, persuadiéndonos á que ha de ser la basa fundamental de nuestras tareas.

De los progresos de la agricultura nace inmediatamente, como observa el ilustrado Smith, y corrobora la experiencia, el aumento considerable de la poblacion sin la que no hay ni puede haber prosperidad. Los muchos brazos hacen rico y flore-

ciente cualquiera país, pues con ellos se aumentan sin fatiga las operaciones rurales y se disminuye su costo, progresa la industria, cobrando vida las fábricas, y por doquiera el tráfico y la aplicacion, y la laboriosidad derraman á manos llenas tesoros inagotables. Pero para sacar del aumento de habitantes tan ventajosos resultados es indispensable que la pública educacion les inspire amor al trabajo, pues de lo contrario crece sólo el número de consumidores y tienen que apelar á la emigracion para buscar en otros países el sustento. Y aunque en el día es ciertamente cortísima la poblacion de esta provincia, no lo es tanto que no haya muchos brazos ociosos, que es el mayor mal que puede sobrevenir á un país, y que nace del abandono público y del desuido de la primera enseñanza.

Los varios artefactos indispensables á la necesidad y á la comodidad de la vida humana, deben ocupar los brazos sobrantes de las labores campesines, proporcionándoles honrada subsistencia; y estos artefactos han sido en otro tiempo el esplendor de esta ciudad. Hace dos siglos que mantenía Córdoba 1774 telares de todo género de tejidos de sedas, lanas y linos... ¿Qué se han hecho pues?... ¿dónde están en el día?... ¿Qué fatal conjuro los ha arrebatado de este recinto, los ha confundido en la honda sima de la inexistencia?... ¿Cuántos habitantes se emplearían con fruto del país y de la nacion entera en sus tareas! ¡Cuánta salida proporcionarían á los cosecheros de las primeras materias! ¡Qué campo tan dilatado á la especulacion de los hábiles traficantes! ¡Cuánta comodidad y arreglo á los naturales, que no tendrían que sacrificar inmensas sumas á la avaricia extranjera para obtener las telas precisas para su decencia, para su comodidad y para su lujo! No se verían entónces, como ahora, las plazas y calles llenas de niños, que con mengua de las costumbres, con peligro de la religion santa que profesamos, y con escándalo de cuantos aman á su patria, mendigan el sustento, acostumbándose á la holgazanería, al abandono, al latrocinio y á los vicios todos. No se verían calles y plazas llenas de jóvenes inertes y corrompidos, que embizados en sus capas ofrecen el símbolo más perfecto de la más perjudicial y corrompida ociosidad. No se verían, vuelvo á decir, calles y plazas inundadas de ancianos desvalidos y miserables, que porque no les conceden ya sus años y achaques las fuerzas indispensables para empuñar el azadon ó manejar el fusil, atormentan con sus lamentos los pechos compasivos, y espantan á todos con su importunidad. Pero, ¿qué han de hacer si nacen en el abandono, y ni ven ejemplos, ni se les inspiran ideas: crecen en la miseria y ni se les proporciona entretenimiento ni se les ofrecen utilidades; y envejecen en la corrupcion y no hallan más recursos que los que arrancan sus clamores?... ¡Oh época desdichada! ¡Oh suelo infortunado que abraza en sí tan inútiles y perjudiciales habitantes! Ilustrados amigos, compatriotas generosos, unamos nuestros esfuerzos para educarlos, para inspirarles ideas convenientes, para proporcionarles talleres; y haremos de ellos vivientes útiles y buenos, que sepan hacer la felicidad y grandeza de esta provincia, que puede llegar al más alto grado de esplendor y riqueza, cuando el amor al trabajo, la aplicacion y las buenas costumbres se empeñen de consuno en su favor. ¡Qué campo tan espacioso ofrecen á nuestros planes este cielo benigno, la buena índole de estos naturales, la feracidad de estas campiñas, las delicias de estas sierras, y este candoloso río; este rio que debe ser el tesoro, el raudal de riquezas incalculables del privilegiado país por donde dilata su curso majestuoso y apacible. Ya afortunadamente ha llamado la atencion de nuestro celoso gobierno, que promueve con todo ahinco las importantes operaciones por medio de las que se ha de sacar todo el fruto que encierra su risueña corriente. Ayudemos nosotros á la sábia compañía que las ejecuta con ardor; alenemos los estorbos que la ignorancia le ha opuesto ya en este distrito, y hagamos muestras las comunes ventajas que va á derramar pródigamente el dulce y fecundo Guadalquivir. Corran sus aguas por los